

fieles están fijas en Jesucristo crucificado, siendo objeto de las esperanzas universales y del amor de todos (1).

En el desierto, á la vista de la serpiente de bronce, no solamente se salvaban de la muerte los israelitas, sino que su sangre era purificada, sus llagas cicatrizadas, sus dolores disipados; y desde entónces, exento de todo veneno, de toda mancha, pasaban al estado de una salud vigorosa y perfecta.

Tambien era esto una profecía del gran milagro permanente de Jesucristo crucificado. Apénas hemos recibido con una fe viva con un amor sincero, el bautismo, la penitencia, la Eucaristía, cuidando de fijar en Jesucristo la mirada del alma, que no es otra que el amor; uniéndonos á Él por la fe, la esperanza y la caridad; poniéndonos al pié de la cruz, estrechándola entre nuestros brazos, elevando al Crucificado nuestro espíritu y nuestro corazón, á fin de que se digne derramar sobre nosotros su sangre por medio de los sacramentos, al instante recobramos la vida y la salud perfecta. Los heridos miran el signo sagrado, y son curados completamente: *Quem cum percussi adspicerent sanabantur*. En esta sangre divina encuentra cada uno los remedios que más se adaptan á su estado y á su condicion particular. Este específico soberano reprime el orgullo, apaga la avaricia, resiste á los deseos criminales, cura todas nuestras debilidades espirituales, cicatriza todas nuestras llagas (2). Borra hasta los vestigios de los hábitos del pecado; renueva á la vez el espíritu y el corazón; hace nacer en nosotros santos pensamientos, afecciones puras; hace de nosotros criaturas enteramente nuevas que no tienen nada de comun con lo pasado; nos devuelve todo el vigor del águila rejuvenecida, para volar en las alturas de los cielos (3). Así nos encontramos llenos de salud, colmados de los dones de la gracia; y no contento con salvarnos de la muerte eterna, nos hace participar de todas las riquezas de la perfeccion y de las divinas misericordias, para introducirnos hasta la gloria (4).

(1) *Spes omnium finium terræ. (Ps. LXIV.)*

(2) *Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. (Ps. CII.)*

(3) *Qui replet in bonis desiderium tuum, renovabitur ut aquila juvenis tua. (Ibid.)*

(4) *Qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia et miserationibus. (Ibid.)*

El milagro de la serpiente de bronce no cambió en nada las condiciones del desierto, por donde los israelitas continuaron viajando durante muchos años; no lo purgó de serpientes; y este pueblo, hasta que puso el pié en la tierra prometida, vivió en perpétuas alarmas, en medio de estos monstruos, expuesto á sus mordeduras venenosas, á su aliento pestilente y abrasador (1). Y todo eso para que la vista de aquellas serpientes mantuviera siempre vivo en el pueblo el recuerdo de su rebeldía y de su pecado; que le habia atraído tan terrible castigo, haciéndole apreciar la ventaja de haber escapado de él; pero la presencia de las serpientes no podia incomodar al pueblo viajero, toda vez que en el continuo peligro no perdía nunca de vista el remedio. El prodigio era permanente, porque la confianza fué duradera; y mirando continuamente al signo milagroso, los hebreos eran curados, no solamente de las mordeduras venenosas, sino de todas las enfermedades.

Hé aquí, pues, aún bajo este punto de vista, la figura y la prediccion de toda la economía de las previsiones y de la gracia de Jesucristo crucificado. Por su muerte no ha expulsado del desierto de este mundo los espíritus malos y sus satélites, que á toda hora pueden mordernos y matarnos. Miétras que viajemos por el desierto de esta vida, en tanto que no hayamos puesto el pié en la verdadera tierra prometida del cielo, tenemos que vivir entre los demonios y los hombres, transformados en verdaderas serpientes espirituales; estamos en peligro continuo de ser mordidos y de convertirnos tambien en serpientes venenosas, homicidas de nosotros mismos, por la obstinacion de nuestros vicios, y de los otros por el contagio de nuestros escándalos. Sí, la vida es ese vasto desierto donde se encuentran horribles serpientes de aliento pestilente y abrasador: *In solitudine magna atque terribili, in qua est serpens flatu adurens*.

¿Y por qué Jesucristo ha querido dejarnos en esta condicion? Para que el peligro nos recordase á cada instante que estábamos perdidos, y que, por la virtud sola de la cruz, habíamos sido salvados; para que seguros sobre nuestro presente y olvidando nuestro pasado, no fuésemos indolentes ni ingratos, ni que la segu-

(1) *Ductor tuus fuit in solitudine magna atque terribili in qua erat serpens flatu adurens. (Deuter., VIII.)*

ridad contra todos los peligros no nos hiciese olvidar la grandeza del beneficio.

Pero tambien, despues que Jesucristo ha sido crucificado y muerto en la cruz, esas serpientes que nos rodean no deben darnos cuidado, si en la permanencia del peligro no olvidamos la eficacia del remedio. ¡Ah! Si tenemos siempre la mirada fija en Jesus crucificado, la mirada de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor; si nos ponemos bajo las alas de su proteccion; si por el ejercicio de la oracion tenemos fija en Él la mirada de nuestro corazon; si por la frecuentacion de los sacramentos reposamos en Él, nos unimos á Él, nos echamos en sus brazos, que tiene abiertos para recibirnos; si nos ocultamos en la llaga de su costado, que tiene abierta para ofrecernos un refugio; no solamente nos curarémus de las heridas recibidas, de los pecados cometidos, sino que serémus protegidos, defendidos, fortalecidos suficientemente para no cometer otros. La cruz, ese simbolo de debilidad, es el manantial de una fuerza, gracias á la cual el cristiano está á prueba de todo, es superior á todo, triunfa de todo. El alma que mira á Jesus crucificado, que en Él pone su esperanza, no cae, no peca; puede ser tentada, pero no vencida; sorprendida, pero no seducida; combatida, pero no subyugada. Para el cristiano que se apoya en Jesus crucificado, la serpiente, el dragon infernal, es una bestia impotente, no tiene dientes su boca, ni veneno su baba, ni puede herir su mordedura. No, no, no temais almas fieles, amantes de Jesucristo que sobre el Calvario estais cerca del Crucificado, no temais á ese dragon infernal ántes tan terrible, á ese dragon cruel que se ceba en los hijos de los hombres. Para el cristiano que fija continuamente su mirada en Jesucristo, Satanás no es más temible que el pajarillo impotente con que juega el niño. Los hijos de Jesucristo no deben temerle ni cuidarse de él.

No, oidlo bien, almas fieles á Jesucristo: no temais y no pe-caréis. El mundo y sus vanas pompas, la carne y sus seducciones, la concupiscencia y sus atractivos, el orgullo y sus embriagueces, todas las tentaciones, vengan de donde vinieren, los maliciosos ataques de las serpientes humanas, poseidas del espíritu infernal, podrán intimidaros, pero no abatiros; morderos, pero no heriros; no hay fuerza capaz de arrancaros de los brazos de Jesucristo; en el asilo de su costado abierto no hay rigor de jus-

ticia que pueda alcanzaros; no hay violencia que pueda apartaros de sus sagrados piés; entre todos los que están cerca de Jesucristo crucificado, que están armados de su fe, de su amor, ninguno peca, ninguno cae, ninguno muere, ninguno languidece ni enferma; cerca de Él, la salud del alma es perfecta, su constitucion inalterable, su fuerza inagotable, su inmortalidad está asegurada: *Ut omnis quis credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (1).

Con un sentimiento de confianza, de ternura y de religiosa emocion, contemplaban los israelitas la serpiente puesta á su vista por Moises. ¿Y por qué? No era una serpiente animada y viva, venenosa y funesta como las demas, y que fuese temible. Era una representacion en metal, que tenía la forma y no el veneno, que tenía la virtud milagrosa de curar y no el cruel instinto de morder. Por eso podia considerársela como una viva imágen de la misericordia divina y de la caridad de Dios para su pueblo; tambien, por más que el exterior presentase una figura desagradable y fea, hacía las delicias y el amor del pueblo hebreo.

¡Qué bella imágen de Jesucristo crucificado! Por más que hubiese tomado nuestra forma, nuestra condicion, nuestra naturaleza exterior, no tiene en sí nuestro veneno, nuestra concupiscencia, nuestro pecado. Semejante en el exterior á los hombres serpientes, es decir, pecadores, se ha separado y distinguido por su santidad, su pureza, su amor infinito, puesto que, segun San Agustin, si las serpientes del desierto teniau un aliento abrasador y comparable á los ardores de la llama, Jesucristo crucificado estaba todo abrasado en el fuego de su inmensa caridad (2).

Efectivamente, echemos no más que una ojeada sobre Jesus en la cruz: verémus en Él la Víctima de ultrajes sin defensa, de angustias sin consuelo, de abandono sin amparo; y á pesar de esto muestra una paciencia admirable entre los más crueles tormentos, una dulzura invencible en presencia de los insultos más atroces, una perseverancia constante en su inmolacion, en pre-

(1) Aunque en el manuscrito hay aquí una advertencia del autor, llamando éste pasaje al final del discurso y lo enlazaba á su segunda parte, hemos creido deber contentarnos con advertirlo á nuestra vez al lector, prefiriendo no cambiar nada en el órden que presenta el manuscrito. (*Nota de los editores italianos.*)

(2) *Serpens erat ignitus, Christus charitate succensus. (S. Aug.)*

sencia de las blasfemias sacrílegas que achacaban á debilidad lo que era el exceso de su caridad divina. Verémos que oye las pérfidas provocaciones con que querian hacerle descender de la cruz, sin oponer otra respuesta que implorar el perdon de los mismos que insultan sus sufrimientos, porque no penetran el misterio y están ávidos de su muerte. Verémos lágrimas piadosas unidas á una contricion perfecta, como si nuestros pecados fuesen suyos; una ardiente sed de nuestra salud, una conformidad perfecta con la voluntad divina, un profundo respeto y entera sumision á la divina voluntad; así es como por obediencia termina en la cruz una vida que por obediencia ha pasado en la oscuridad, en la miseria, en la ignominia y en el dolor (1).

¿Qué importa, pues, que le veamos reducido á la condicion de un vil criminal, juguete de los hombres, irrisión del pueblo? ¿Qué importa que le veamos, como al último de los hombres, morir en el ignominioso y atroz suplicio de los esclavos? ¿Qué importa que le veamos con el rostro amoratado por las bofetadas, desfigurado por las llagas, erizado de espinas y cubierto de sangre? ¿Qué importa que en el exterior sea disforme, más horrible que una serpiente, porque se parece al más vil pecador? Puesto que sabemos qué corazón, qué alma oculta esa apariencia de serpiente, y que fué el más bello, el más santo de los hijos de los hombres, el que no tiene aún la apariencia de hombre (2), debemos comprender cuál era nuestra fealdad ántes que nos embelleciese su gracia. Puesto que sabemos que ha consentido en llegar á parecerse á la serpiente por alcanzar para la humanidad, raza horrible de la serpiente, para ese objeto de disgusto y de horror ante Dios, el mérito y la gracia de su belleza divina (3); puesto que sabemos que esa fealdad de la serpiente no es más que la apariencia y la forma exterior, y que es á la vez el velo y la prueba de la belleza interior de su corazón, siendo el efecto de una ternura infinita, de una infinita caridad, debemos comprender que Jesucristo, aun ahora en las imágenes que le representan moribundo sobre el Calvario, es, más bien que Jesucristo transfigu-

(1) Factus obediens usque ad mortem. (*Philipp.*, II.)

(2) Non est species ei neque decor; et vidimus eum, et non erat aspectus. (*Is.*, LIII.)

(3) Quoniam veniebat ad fœdum fœdus factus est, ut faceret pulchrum. (*S. Aug.*)

rado sobre el Thabor, el emblema, el monumento de la caridad infinita de Dios para el hombre, la prueba más sensible de todo lo que ha hecho por nosotros y la garantía de su fidelidad á sus promesas. Jesucristo, bajo esa lastimosa y horrible forma de serpiente crucificado, de pecador condenado de Dios y execrado del mundo, parecia bello al verdadero pueblo de Israel, á los verdaderos cristianos alumbrados por su luz, instruidos y penetrados de su amor, que les hace adivinar la belleza de su corazón, la pureza infinita de su alma; y ellos, los verdaderos fieles, no se cansan de meditarle en sus imágenes, de contemplarle, de hacerle la corte, de tener siempre fija su mirada en su ternura y en su amor. Y ese estado tan humillante y tan doloroso, en esas facciones tan alteradas, en ese exterior tan miserable de su Persona, despreciado por el orgullo, ridiculizado por la incredulidad; los verdaderos cristianos aperciben una belleza divina que atrae su afeccion, que arrebató, que encanta (1). Así Jesucristo crucificado hace las delicias y los amores de todo el verdadero pueblo de Israel, de toda la Iglesia, de los verdaderos fieles de todo el mundo, que tienen su mirada constantemente fija en Él, y cifran en Él toda su esperanza, todo su amor (2). Durante los cuarenta años del viaje de los israelitas en el desierto, hasta su entrada en la tierra de promision, la serpiente simbólica no fué quitada del árbol un solo dia, no se ocultó un solo instante, sino que estuvo siempre expuesta á las miradas del pueblo viajero. Las doce tribus la seguian en su orden respectivo con sus jefes á la cabeza. En medio de ellas y en hombros de los sacerdotes iba el arca de la alianza con las tablas de la ley. Luégo seguia el jefe supremo, Moises; pero á la cabeza de aquella gran caravana, como un estandarte á la cabeza de un ejército, precedia siempre, llevada por los levitas, la serpiente misteriosa, de manera que pudiese verla todo el pueblo; siempre abria la marcha sirviendo de guía.

¡Qué bella figura de la condicion presente del verdadero Israel, del pueblo cristiano, que durante esta vida no es más que un viajero que camina hácia una region más dichosa, hácia una

(1) Illud ipsum quod deridunt superbi inspicite quam pulchrum sit. (*S. Aug.*)

(2) Cujus vultum desiderat universa terra. (*III, Reg.*, x.)

ciudad eterna (1). Dividido en doce tribus, es decir, en iglesias particulares fundadas por los doce Apóstoles y guiadas por sus sucesores los legítimos obispos, el verdadero Israel lleva también el arca verdadera, el depósito de la Escritura y los sacramentos, de la verdad y de la gracia, que no se encuentra más que en la Iglesia católica; y este pueblo nuevo, va seguido y guiado por el nuevo Moisés, el soberano Pontífice, sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo. Pero á la cabeza de este gran pueblo viajero marcha siempre Jesucristo crucificado, porque la predicación apostólica del Evangelio que abre y enseña el camino del cielo, no es más que la predicación de la cruz (2). Siguiendo esta bandera querida es como el pueblo católico, la iglesia militante, aspira á ser Iglesia triunfante, y continúa su peregrinación terrestre por el camino de la pobreza, de la humildad, del desprendimiento de los bienes temporales, de la castidad, de la paciencia, de la mansedumbre, de la mortificación, de la oración; camino real donde se encuentran impresas las huellas de Jesucristo crucificado, que ha pasado primero; camino desconocido á la filosofía de los gentiles, al paganismo, á la herejía, que por sus diversas creencias, más ó menos favorables á las pasiones, ligan á los hombres á los intereses materiales y temporales, los agobian y los clavan á la tierra. Las procesiones que se hacen continuamente por la Iglesia, en las cuales los laiques y las comunidades del clero, con el obispo que cierra la marcha llevan la reliquia de los Santos ó la divina Eucaristía, pero á cuya cabeza va siempre la imagen de Jesucristo crucificado que abre y enseña el camino, no son más que la figura en pequeño de la gran procesión de todo el pueblo cristiano, de toda la Iglesia á través del mundo, para ir á la verdadera tierra de promisión, al cielo; sí, la Iglesia, con la mirada fija en el Crucificado, que es, no solamente verdad que ilumina, que vivifica, sino camino recto que conduce (3), con toda seguridad, tras ese guía fiel, la Iglesia, decimos, sigue la vía única, la vía estrecha de la salud eterna.

¡Desgraciados los que, ya por incredulidad ó por superstición, por errores ó vicios, están separados del cuerpo ó del espíritu de

(1) Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. (*Hebr.*, XIII.)

(2) Predicamus Jesum Christum et hunc crucifixum. (*1. Cor.*, I.)

(3) Ego sum via, veritas et vita. (*Joan.*, XVI.)

la Iglesia, no viajan con ella, no son guiados por los verdaderos jefes de las tribus, por los legítimos obispos, bajo la dependencia de Pedro! Esos, semejantes á las caravanas extrañas al pueblo elegido, que atravesaban el desierto sin guía ni la salvaguardia de la serpiente milagrosa, siendo devorados por las serpientes venenosas que desolaban la comarca, son pueblos separados del verdadero Israel, á cuya cabeza solamente se encuentra Jesucristo crucificado; como extraños á su divino imperio, no pueden fijar en Él su mirada ni su corazón, ni obtener su salvaguardia y su dirección; sin defensa, sin remedio, están expuestos en el desierto de la vida á las mordeduras y al furor de la serpiente infernal, que hiere á muerte su inteligencia con el error, su corazón con el vicio. No siendo guiados por la cruz de Jesucristo, de quien se declaran adversarios por sus creencias erróneas ó sus hábitos escandalosos, van acá y allá, errando, fuera de la única vía que conduce á la salud, por senderos que desde su entrada son senderos engañosos, más desolados á medida que más se avanza, y cuyo término conduce á un fin funesto. Caminan, no á la victoria, sino á la derrota; no á la emancipación, sino á la servidumbre; no á la vida, sino á la muerte; no al cielo, sino al infierno. *Inimicos crucis Christi, quorum finis interitus.* (*Philipp.* III.)

SEGUNDO PUNTO. La milagrosa serpiente, siempre ante los ojos de los hebreos, mantenía en sus corazones la confianza. Sostenidos por aquel signo siempre visible de la protección divina, no sentían las incomodidades ni las fatigas del viaje, y les inspiraba la paciencia en las privaciones, la constancia en los obstáculos, el valor en los combates; la vista de la serpiente les aseguró la victoria sobre sus enemigos, les facilitó la conquista, y llenos de seguridad y de alegría fueron á descansar á una tierra de bendición, de abundancia y de paz.

Esto también es una figura que nos revela que Jesucristo crucificado es también para nosotros, viajeros en la tierra, nuestra fuerza, nuestro consuelo, nuestro descanso. San Pablo lo ha dicho: El gran misterio de la cruz, que es un misterio de locura para los que quieren correr á su perdición, es, al contrario para los que cifran en él toda la esperanza de su salud, el misterio de la fuerza y la omnipotencia de Dios (1). ¡Oh! El que recoge en

(1) Verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis qui salvi fiunt Dei virtus est. (*1. Cor.*, I.)

los sacramentos de la Iglesia mucha de la sangre divina con que fué bañada la cruz; el que medita mucho este gran arcano de la divina caridad, un Dios enclavado en la cruz por la salud del hombre, y pone su esperanza en Jesucristo crucificado, saca de ello una fuerza, un valor invencible para reprimir todas las pasiones, triunfar de todos los vicios, practicar todas las virtudes (1). Esta fuerza no es exterior y corporal, sino espiritual, interior; es el eco de la palabra de la cruz reproducido en el corazón con unción, con dulzura, con la gracia de la caridad divina, que eleva el alma sobre sí misma, que la liga de una manera firme y constante á la justicia, y la hace sobreponerse hasta los tormentos despues de haberla hecho triunfar de la voluptuosidad; le da el valor de clavar en el altar del dolor el mundo y sus pompas, la carne y sus debilidades, la ambición y sus delirios, y le hace encontrar la fuerza en la justicia.

En efecto, en la meditación, en la gracia de Jesús crucificado, es en lo que se ve continuamente á los Apóstoles y á los misioneros encontrar su celo, á los mártires su fuerza, á los doctores su sabiduría; por la meditación, por el amor, por la gracia de Jesucristo crucificado es por lo que la jóven vírgen se inmoló víctima voluntaria de la castidad; con lo que el solitario sostiene su fervor en medio de sus austeridades, por lo que el penitente azota su carne, donde el pecador encuentra el espíritu de compunción, por lo que el justo persevera y el elegido alcanza la corona; por la meditación, por el amor, por la gracia de Jesucristo crucificado, el pobre se resigna, el afligido se consuela, el pusilánime se alienta, el débil se sostiene, el grande se muestra humilde, el voluptuoso se hace púdico, el avaro triunfa de la concupiscencia, el vengativo perdona.

Más diré: del tronco de la cruz, emblema del dolor, trasuda, segun la profecía, una virtud secreta que hace dulce el sufrimiento, deliciosas las lágrimas, dichosa la muerte misma por Jesucristo y en su compañía.

Sí, dichosa la muerte misma, porque en el momento de la muerte es en particular Jesucristo crucificado nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestro compañero. ¡Oh momento! ¡Oh día! Hora terrible y funesta. Cuando á falta de una voz caritati-

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philipp., iv.)

va, la misma gravedad del mal, el agotamiento de nuestras fuerzas nos repite en secreto el anuncio terrible de la muerte; cuando lo pasado, lo presente, lo porvenir se ponen frente á frente con nuestro espíritu para turbarnos, abatirnos y desesperarnos; cuando el mundo sensible se nos escapa y nos abandona; ¡ah! en ese momento terrible, al borde la tumba, á las puertas de la eternidad, el incrédulo, el pagano, el hereje de mala fe, el pecador endurecido no encuentra nada que le calme, nada que le fortifique, sino al contrario, no encuentra más que desolación, desesperación y ruina; por el contrario, el verdadero cristiano encuentra su esperanza, su refugio, su consuelo, su descanso en Jesucristo crucificado. Por eso cuando el sacerdote le presenta á Jesucristo crucificado, ese Dios compasivo, ese dulcísimo Salvador, ese tierno Padre que le tiende los brazos, que le abre su costado, que le ofrece el perdón, que le lleva su gracia y le conduce á la gloria, ¡ah, cómo llegan hasta su corazón, le reaniman le penetran de compunción y ternura las dulces palabras de la caridad y del celo del ministro de Jesucristo! Por eso apenas la santa imágen se presenta á los ojos del moribundo, está entre sus manos, junto á sus labios, ¡oh, con qué confianza la contempla, con qué fervor la oprime contra su pecho, con qué ternura la besa, con qué amor la invoca, con qué dulzura pronuncia su nombre! Y al fin, con la frente serena, la alegría en el rostro, la confianza en el corazón, asiéndose á ese signo de salud, ese árbol de la vida, abandona, sin temor como sin peligro, el desierto de este mundo, y cantando el himno de la esperanza, entra en la tierra prometida de la eternidad.

Dichoso el verdadero cristiano, el verdadero católico, que ha viajado siempre en el desierto de esta vida con los ojos y el corazón fijos en Jesucristo crucificado; que lo ama como quiere ser amado; que cree en Él amándolo y lo ama creyendo en Él; que recibe con humildad su enseñanza, cumple con exactitud sus leyes, escucha con docilidad su palabra, medita con atención sus misterios, recibe frecuentemente sus sacramentos, imita con fidelidad sus ejemplos, pronuncia con ternura su nombre, obedece con sumisión perfecta á su Iglesia, se muestra celoso por su gloria y por la defensa de su religión! Sí, dichoso, porque eso es creer de una manera saludable y perfecta; es creer, no solamente por la adhesión interior del espíritu, sino por la confesión exterior

de la lengua y por la protesta exterior de las obras (1). ¡Dichoso el verdadero católico que mira á Jesucristo crucificado como á su Redentor, su delicia, su reconciliación, su salud, su gracia, su consolador, su maestro, su médico, su abogado! ¡Dichoso el que se pasea y se detiene á menudo en el Calvario, hace de la cruz el objeto ordinario de sus piadosos ejercicios, en la vida se abraza á la cruz por la esperanza, y en el supremo momento, en ese momento sometido á tantos azares imprevistos, tenga el tiempo, la libertad, la fuerza de reconocer y de abrazar esa cruz, contemplando grave y profundamente con su corazón el conmovedor espectáculo que le ofrece!

Sí, dichoso, porque no queda engañado, confundido, no perece; sino que después de haber pasado la vida, que está medida por el tiempo, pasa á la vida gloriosa de la eternidad: *Exaltari oportet filium hominis; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam* (2).

(1) Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. (Rom., x.)

(2) Once años después de la cuaresma predicada en el Vaticano, el Padre Ventura murió en Versalles. Los testigos de su larga agonía, los humildes discípulos de San Francisco, que no le abandonaron un instante, pueden decir con qué confianza contemplaba la imagen de Jesús crucificado, con qué fervor la estrechaba contra su pecho, con qué ternura la besaba, con qué amor la invocaba, con qué dulzura pronunciaba su nombre.

TRIGÉSIMA SEGUNDA HOMILÍA.

EL TEMPLO LEVANTADO,

Ó LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Solvite templum hoc et in tribus diebus excitabo illud. Ille autem dicebat de templo corporis sui. (JOAN., II.)

Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Mas Él habla del templo de su cuerpo.

Las cosas han sucedido exactamente como el Señor las había predicho por las palabras que acabais de oír. El templo místico del santísimo cuerpo del Salvador había sido derribado, terraplenado, como destruido por la muerte cruel que le habían hecho sufrir los judíos. Al resucitarlo el tercer día, el Salvador lo había como reconstruido, levantado en un instante, ornado de una nueva belleza, de nueva gracia, de nueva gloria, de nueva majestad, de nueva magnificencia.

¡Admirable y gran prodigio! ¡Prodigio enteramente nuevo en la historia de la humanidad, por el cual el Redentor del mundo, muerto realmente por su propia permisión, por su propia voluntad, se resucita por su propio poder al tercer día! ¡Prodigio singular y único, exclusivamente propio á ese solo Hijo de la Mujer, que al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero Hombre, ha sido realmente el Hombre único y singular en su paso por la tierra! *Singulariter sum ego donec transeam* (1).

¡Oh prodigio! ¡Oh misterio, cuya grandeza puede admirarse

(1) *Psalm. CXL.* Menester es confesar que la interpretación dada aquí al pasaje del Salmo está poco conforme con el sentido del texto hebreo. (Nota del Traductor.)